

CAPITULO IV.

LAS DOS AMIGAS.

Así las cosas, llegó el feliz día en que la enferma pudo abandonar el lecho, y en brazos de su buena amiga ser conducida á un sillón que ésta le preparara cerca de la única ventana que en la habitacion habia. Una vez sentada, hizo lo mismo Adriana á su lado, y tomando á la pequeña Isabel de la mano, retiróse doña Carmen con la anciana nodriza, so pretexto de despachar sus quehaceres, pero en realidad para dar un rato de expansion á las dos amigas.

En cuanto estuvieron solas, arrojóse Isabel en los brazos de Adriana; y apoyando su pálida frente en el palpitante seno de aquella, dió libre curso á sus lágrimas.

—No llores, Isabel, pudo apenas murmurar la duquesa, estrechando á su amiga contra su corazón.

Ocho años hace que en tu leal corazón derramé tambien lágrimas... ¡por cuán diferente causa vertidas! Aquellas eran de amor hoy, son de desesperacion por los resultados de mi desvarío.

—No permita Dios que á ella te entregues, amiga mia; la desesperacion, ademas de ser agena á las almas grandes, es ofensiva á Dios, á quien siempre deben volverse nuestros ojos como al único puerto de salvacion, en medio de este mar borrascoso. Desesperarse es no tener la segunda de las virtudes, sin las cuales no podemos dignamente llamarnos hijos del Divino Padre; es hacer caso omiso del Sér que todo lo puede; es casi negar su omnipotencia y su amor.

—¡Es verdad, Adriana! Dios todo lo puede. Él tiene en su mano los destinos del mundo y de los frágiles séres que en él ha-

bitamos; sin embargo, no me devolverá á mi Ricardo.

—¿Al unirte á él pensaste por un momento que fuese inmortal? Miró tu esposo como muere todo el que nace, y si bien concedo que le llores, no así que te desesperes y se extravíe tu razon hasta el extremo de pretender del innegable poder del Criador, que trastornando las leyes de la naturaleza, vaya á resucitar á tu esposo para que muera de nuevo dentro de algunos años, ó meses quizás.

—Calla, calla; ¡perdon, Dios mio, soy una insensata! Mas ¡ay, Adriana! me falta la grandeza de alma que tú tienes para sobrellevar mi desgracia con la resignacion debida. ¡Oh! ¿Por qué Dios no dispuso de mí antes que de él? y me hubiera evitado este cruento martirio para el cual me faltan fuerzas.

—Egoísta! . . . Por ahorrarte algunas lágrimas, por no sentir lacerado tu corazón, prefirieras dejar á tu hija sin madre, sola en el mundo, ó á lo más, al lado de un

padre calavera y vicioso, que sobre no darle ejemplo bueno, hubiera tal vez . . .

—¡Basta, basta . . . tienes razon! . . . ¡mi hija . . . mi pobre hija! . . . ¡Oh, me da horror pensarlo! dijo Isabel cubriéndose el rostro con entrambas manos. Luego continuó: Sí, Adriana, las disposiciones del Altísimo son siempre justas y piadosas; sin embargo, que nunca sepa mi Isabel los desvaríos de su padre: nuestras lágrimas y nuestras oraciones alcancen perdón para él en la otra vida; fué más desgraciado que criminal; yo le perdono con toda mi alma, que al fin era mi esposo.

—Bien, Isabel, ahora te reconozco; así debe obrar la buena cristiana, buena esposa y buena madre; inclínate ante la voluntad de Dios; perdona los agravios del que fué tu marido, y enséñaselo á bendecir á tu inocente hija.

—Sí, sí.

—Sepamos ahora: ¿cómo ha llegado hasta tí la noticia de su muerte?

—La casualidad . . . murmuró Isabel.

—¿Hace mucho tiempo?

—Desde mi enfermedad; ignoro lo que ésta ha durado.

—¿Cómo fué?

—Atravesaba yo la Puerta del Sol en direccion á la calle de Alcalá, donde está la tienda que me da trabajo, y delante de mí andaban dos franceses hablando de un desafío que habia levantado gran polvareda en Paris por la dama que lo motivara. Indiferente oia yo la conversacion, acelerando el paso para llegar cuanto ántes á la tienda, cuando al estar cerca de ella vibraron claramente en mis oidos estas terribles palabras, que bien pudiera ser sorda para oírtame entenderlas.

—¿Y murió Ortiz?

—En el acto.

Adriana, lo que pasó por mí en aquel momento, solo tú, que sabes cómo amaba á mi Ricardo, puedes comprenderlo. Sin reflexionar, sin darme cuenta de lo que hacia, sin serme dado hacer otra cosa, cerré el paso á los dos extranjeros, y cui-

dándome poco de disimular el estado en que me habian puesto el alma, exclamé:

—Dispensen ustedes, caballeros, la libertad que me tomo; mas he oido las últimas palabras que acaban ustedes de pronunciar, y les ruego por caridad que aclaren mis dudas. Este Ortiz que ha muerto en un desafío ¿era español?

—Americano, contestaron ellos.

—¿Su nombre?

—Ricardo, dijeron.

No oí más . . . no ví más . . . Al recordar el sentido me encontré en la tienda adonde yo me dirigia, que, segun me dijeron, los franceses me habian trasladado á ella al caer exánime á sus piés, y en la que dejaron una tarjeta con las señas de su habitacion por si podian serme útiles. Cuando estuve algo recobrada, me trajeron aquí; he sufrido las consecuencias de aquella herida, y temo sufrirlas peores, pues siento aún manar sangre de ella.

—¿Has vuelto á ver á los franceses?

—No me ha sido á mí posible; mas En-

rique fué inmediatamente á informarse de la verdad del hecho, y no me ha desmentido su muerte.... ¿Qué más necesito saber?

—¿Y no habeis escrito ni dado paso alguno para adquirir más pormenores? ¿Qué fué de su cadáver? ¿Si ha dejado algo que pertenezca á su hija.... siquiera una memoria?

—No.

—¿No sabes tampoco la posición que Ortiz ocupaba en Francia?

—Nada, Adriana; á la segunda visita que Enrique hizo á los extranjeros, habian marchado á Cataluña. Luego mi enfermedad, las constantes ocupaciones del pobre Enrique, y sobre todo, Adriana, la carencia de recursos en que ellos y yo nos encontrábamos, nos han impedido dar paso alguno. Nada conserva mi hija de su pobre padre; ni un recuerdo siquiera! Dudo, atendido el modo de ser de mi Ricardo, que poseyera gran cosa, y.... ¿lo creerás? A pesar de la miseria en que me he vis-

to sumida, ni un momento me he ocupado de esto; sus restos queridos ambiciono solamente; sus restos, ante los cuales pudiésemos llorar mi hija y yo. ¡Ay! por darle sepultura en España, por serme dado decir á mi hija: «Aquí está la tumba de tu padre, llora y reza sobre ella,» daría la mitad de mi vida. ¡Oh, Dios mio! ¿Qué habrá sido de su cadáver? Oculto en tierra extranjera ó ignorada sepultura, será pisado y escarnecido tal vez por la misma mujer que su muerte ha ocasionado.

—Basta, Isabel, interrumpió Adriana. No te entregues al dolor con tal exceso; vuelve en tí; piensa en tu hija.

—¡Ay, Adriana! Esta idea me volverá loca.

—No, Isabel, pues tu amiga hará lo que tú no puedes.

—¿Qué?... ¿Qué?... ¡Oh!... Acaba....

—Dentro de poco tiempo sabrémos todas las circunstancias de la muerte de tu esposo, y....

—¡Oh! Acaba, por Dios, amiga mia.

—Si se puede dar con sus restos, serán trasladados á España.

—¡¡Oh!!!

Los brazos de la pobre convaleciente cayeron sobre el cuello de la duquesa, y por algunos momentos solo se oyeron los sollozos de ambas. Por fin Adriana serenó su semblante, enjugó con su propio pañuelo las lágrimas de su amiga, y besándola en los ojos, la dijo:

—Basta ahora de llanto; mitiga tu dolor, que amengua tu existencia, pues hoy no te pertenesces; tu hija necesita de tí, y debes conservar tu vida para ella.

—Sí, Adriana, mi ángel bueno: yo haré lo que tú quieras; yo viviré; yo quiero vivir para agradecerte lo que por mí haces.

—Isabel, dijo gravemente la duquesa, si algo crees deberme, empieza por no ofenderme recordándomelo. ¿No harías tú lo mismo en mi lugar?

—¡Oh! sí, sí.

—Si las riquezas solo sirvieran para el oropel y no para enjugar las lágrimas del

que llora, deberíamos rechazarlas como cosa maldita. Dios, al darme una fortuna, dióme asimismo un precepto: «Ama al prójimo como á tí mismo,» dijo, y estas palabras encierran todas las bellezas de la caridad. Si logro cumplir con lo que nuestro Padre comun nos ha ordenado, cumplo con mi deber y nada más.

—¡Oh! Adriana, no ames nunca, repuso Isabel.

—¿Por qué?

—Porque no encontrarás quien te comprenda.

—No digas eso; como pienso yo, piensan muchos.

—No, Adriana; en este momento abunda el egoismo y el orgullo.

—¡Cierto! exclamó la duquesa con amargura. Sin embargo, existen, si no en mayoría, muchos seres que no pueden ver lágrimas en las pupilas de sus semejantes sin mezclar con ellas las propias.

—De esos solo un hombre he conocido en el trascurso de mi vida.

—¿Lo ves? Pues hay otros, no lo dudes.

—Uno solo, Adriana; es otro tú.

—¿Quién es?

—Enrique.

Palideció mortalmente la duquesa, sin encontrar una frase que contestar á su amiga.

—Oh, sí! Os parecis como dos gotas de agua, continuó Isabel sin fijarse en la alteracion que aquella sufría.

—No hablemos más de esto, dijo Adriana reponiéndose.

—No hablemos más de tí, si así lo quieres; mas es justo que te diga lo mucho que debo á este jóven y á su bondadosa madre; sin ellos, créelo, querida, hoy no estrecharias en tus brazos á tu amiga, no te sería dado devolver la felicidad á una madre y á una hija.

—Variando de conversacion, vienes siempre á dar en la misma...

—Oh, Adriana! Deja que te dé á conocer á mis bienhechores desde hace seis

años; sería una ingratitud si en silencio pasara lo que por mí han hecho.

—Bueno... otro día...

—Hoy, amiga mia, hoy; despues prometó complacerte en todo; tú los tratas y no los conoces, y yo quiero dártelos á conocer.

La duquesa hizo un gesto de resignacion y difícilmente ahogó un suspiro. Isabel continuó:

—Seis años hace vivía yo en la opulencia al lado de mi marido y de mi pequeña hija, y aunque no se secaba el llanto de mis ojos, era hasta cierto punto feliz en medio de mis quebrantos; vivía al lado de mi Ricardo; mi hija tenía padre.

—Creo que te apartas de la cuestion, interrumpió Adriana, y no consentiré, por cierto, que te engolfes en esos recuerdos.

—¡Es verdad!... Pasaré por alto la vida que llevaba en compañía de mi esposo, y solo te diré de la manera cruel que me ví abandonada. Mi Ricardo acostumbraba retirarse cuando el sol empezaba á salir, y esperándole pasaba yo la noche al pié de

la cuna de mi hija. Cuando llegaba, generalmente taciturno y melancólico, apresurábame á servirle por mí misma lo que se le antojaba, sin que ni un reproche ni una queja saliera de mis labios. ¿Qué más podía hacer? ¿En qué merecí que tan desapiadadamente me abandonara?

—Al grano, querida, al grano, dijo con dulzura la duquesa.

—Tienes razon . . . ¡Amaneció el día más aciago que pudiera en mi vida; amaneció y cerró sin que mi esposo volviera á su hogar! . . . Procurando disimular con los criados y parecer serena á cuantos me hablaban, sentí correr las horas contando sus segundos por las violentas y dolorosas sacudidas de mi corazón . . . ¡Pasó la noche; amaneció otro día, brilló el sol, y no pareció Ricardo! . . . No pudiendo resistir ya más la ansiedad que me devoraba, apenas volvió á oscurecer, dormí á mi hija, dejándola al cuidado de una doncella, y desesperada, loca, me lancé á la calle. Mas ¿dónde había de buscarle? ¿Quién me

daria noticias tuyas, si no hacia dos años que vivíamos en este enredado laberinto, y de nadie éramos conocidos? Diríjme al ministerio de Ultramar, pues con frecuencia iba á él Ricardo, y empezando por los porteros, pregunté á cuantas personas encontré á mi paso, sin que uno solo conociera al hombre por quien preguntaba. Por fin, y cuando ya perdida toda esperanza de adquirir la menor noticia, iba á retirarme, divisé á un jóven á quien habia visto algunas veces en compañía de mi esposo. Lleguéme á él, y me pareció que se inmutaba al verme; expúsele lo que me pasaba, y contestóme embarazosamente que hacia algunos días que no habia visto á Ortiz, y que ignoraba completamente lo que pudiera sucederle. Sabió de punto mi desesperacion, y él, sin duda compadeciéndose de mí, olvidó la reserva en que se habia encerrado, y para consolarme, sin darse á sí mismo cuenta de lo que decia, dejó escapar estas palabras, que fueron como un rayo caído sobre mi cabeza.